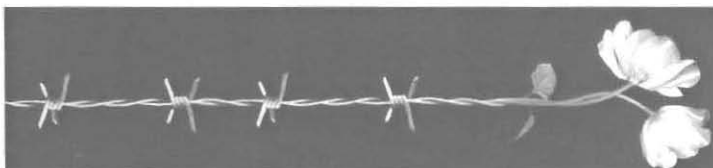


SEMINARIO

“La Shoá como acontecimiento clave del siglo XX: aportes para una agenda educativa en tiempo presente”

Buenos Aires, 8 y 9 de agosto de 2007



**AMIA – B'nai B'rith – Centro S. Wiesel – Confraternidad Argentina Judeo Cristiana – CONSUDEC
COORDIEP – DAIA – Fundación Memoria del Holocausto/Museo del Holocausto de Buenos Aires
Generaciones de la Shoá – Nuevos Derechos del Hombre**

PRESIDENTE DE LA NACIÓN
Dr. Néstor Carlos Kirchner

MINISTRO DE EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA
Lic. Daniel FILMUS

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
Lic. Juan Carlos TEDESCO

SUBSECRETARÍA DE EQUIDAD Y CALIDAD
Lic. Alejandra BIRGIN

MINISTRO DE JUSTICIA Y DERECHOS HUMANOS
Dr. Alberto IRIBARNE

SECRETARIO DE DERECHOS HUMANOS
Dr. Eduardo Luis DUHALDE

SUBSECRETARIO DE PROMOCIÓN
Y PROTECCIÓN DE DERECHOS HUMANOS
Dr. Rodolfo MATTAROLLO

DIRECTORA NACIONAL DE ASUNTOS INTERNACIONALES
EN MATERIA DE DERECHOS HUMANOS
Dr. Andrea GUALDE

MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES,
COMERCIO INTERNACIONAL Y CULTO
Canciller Jorge Enrique TAIANA

DIRECTOR GENERAL DE DERECHOS HUMANOS
Federico VILLEGAS BELTRÁN

S E M I N A R I O
**“La Shoá como acontecimiento clave
del siglo XX: aportes para una agenda
educativa en tiempo presente”**

Buenos Aires, 8 y 9 de agosto de 2007

Presentación

SEMINARIO

“La Shoá como acontecimiento clave del siglo XX: aportes para una agenda educativa en tiempo presente”

La Shoá es sin dudas uno de los acontecimientos más terribles en la historia cercana de la humanidad. Comprender su magnitud, en términos universales y específicos, con toda su complejidad, en relación crítica con episodios semejantes en este continente y en el resto del mundo, es parte del desafío de construir una memoria colectiva que nos permita pensar en un futuro diferente.

El Seminario es una iniciativa pensada a partir de acciones específicas que desarrolla el Ministerio de Educación Ciencia y Tecnología en torno a las relaciones entre la educación y la memoria, y tiene como objetivo central la inclusión progresiva de la temática del Holocausto en la enseñanza de la historia reciente del mundo y de nuestro país, generando, simultáneamente, la reflexión sobre el pasado y el futuro. Educar en la memoria es también educar para el respeto de los derechos humanos, en contra de la discriminación y la intolerancia. Es contribuir al desarrollo de sociedades más democráticas, abiertas a las diferencias culturales, religiosas, políticas, sociales y de género. De allí que requiere políticas de Estado capaces de abrir un debate en el seno de nuestras sociedades. Desde la firme convicción de impulsar la práctica efectiva de los derechos humanos, pensamos que la verdad y la justicia deben ir de la mano de un trabajo con la memoria en la formación de las nuevas generaciones.

Esperamos que este seminario permita pensar modos propios para el abordaje gradual de la temática del Holocausto en las agendas de cada una de las 24 jurisdicciones de nuestro país, para que llegue a cada niño y niña, en cada aula escolar de todo el territorio nacional.

Agenda

Miércoles 8 de agosto

Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Salón Libertador Palacio San Martín, Arenales 761.

09:30: **Acreditación.**

10.15 a 11.00: **Argentina y el Grupo de Trabajo para la Cooperación Internacional sobre la Rememoración, la Educación y la Investigación del Holocausto (ITF).**

- Federico Villegas Beltrán, Director General de Derechos Humanos, Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto.
- Andrea Gualde, Directora Nacional de Asuntos Internacionales en materia de Derechos Humanos de la Secretaría de Derechos Humanos, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos.
- Julio Schlosser, Vicepresidente tercero de la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas - DAIA - y Miembro de la Comisión Directiva de la Asociación Mutual Israelita Argentina - AMIA -.
- Alejandra Birgin, Subsecretaria de Equidad y Calidad, Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología.

11.00 a 11.15: **Café.**

11.15 a 13.30: **Primer Panel: Holocausto: Memoria y Transmisión. Su significado para la Argentina presente.**

- Héctor Schmucler "La memoria como interrogante que no cesa. La shoá y el presente argentino".
 - Daniel Rafecas "El Holocausto: su transmisión es un compromiso para la Argentina".
 - Nelly Richard "Acontecimiento y representación: ¿Cómo grabar las huellas del recuerdo?".
- Moderador: Javier Trímboli.

13.15 a 14.15: **Almuerzo.**

14.15 a 15.00: **Conferencia: Haim Avni**

"El Holocausto en su contexto histórico desde la perspectiva del comienzo del Siglo XXI".

15.00 a 18.00: **Talleres**

- Actividad de reflexión sobre los temas del panel

18.00:

Cierre de la jornada a cargo de las autoridades nacionales.

- Daniel Filmus, Ministro de Educación, Ciencia y Tecnología.
- Jorge Taiana, Ministro de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto.
- Eduardo Luis Duhalde, Secretario de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos.

Jueves 9 de agosto

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología
Salón Blanco Palacio Pizzurno, Pizzurno 935.

09.00 a 10.00: **Conferencia: Iosi Goldstein.**

"La Transmisión de la Shoá: entre una perspectiva universal y un enfoque particular. Una visión comparativa".

10.00 a 10.15: **Café.**

10.15 a 12.00: **Segundo Panel: "Entre el testigo y el historiador. Discriminaciones, persecuciones y otros genocidios. Perspectivas para el análisis de las prácticas sociales genocidas".**

- Abraham Zylberman: "Idea y prácticas genocidas en el nacionalsocialismo - el caso del pueblo judío".
 - Daniel Feierstein: "El sentido político y el sentido ético de la calificación de genocidio: sus efectos sobre la construcción de la memoria colectiva".
 - Hilda Sabato: "Historia y memoria frente al pasado reciente".
- Moderador: Federico Lorenz.

12.00 a 13.00: **Almuerzo.**

Jueves 9 de agosto

Fundación Museo del Holocausto de Buenos Aires,
Montevideo 919.

13.30 a 15.00: Presentación del Proyecto del Museo del Holocausto: Graciela Jinich.

- Visita al Museo del Holocausto. Grupos guiados por sobrevivientes.

15.00 a 16.30: Talleres.

- "Usos de recursos didácticos: imágenes, textos, cine y museos".

16.30 a 19.00: Proyección de la película "Noche y Niebla" de Alain Resnais.

Mesa Redonda: "Memoria y Transmisión. Entre el pasado y el futuro.

Testimonios y legado a las nuevas generaciones".

- Pedro Boschan: "Dolor, trauma, resiliencia: la construcción de la memoria colectiva".

- Sandra Raggio: "¿Qué se puede aprender "mirando las penas de los demás?"

- Inés Dussel: "Las políticas de la transmisión del pasado reciente en la escuela".

19.00 a 19.30: Cierre con autoridades.

Síntesis de las Ponencias

Primer Panel: Holocausto: Memoria y Transmisión. Su significado para la Argentina presente.

"La memoria como interrogante que no cesa. La Shoá y el presente argentino"

Héctor Schmucler

La Shoá, por la intensidad de su significado, se ha instalado como pregunta que no cesa de interrogar a la humanidad sobre el sentido de la existencia del hombre sobre la tierra. A ello alude, finalmente, el concepto de "crimen contra la humanidad", nacido al finalizar la Segunda Guerra Mundial, cuando hubo que nombrar un acto que estaba más allá de los conocidos crímenes masivos, de los tipificados crímenes de guerra. Se trataba de señalar un delito que atentaba, rigurosamente, contra la "condición humana".

El interrogante sin tregua adquiere la hondura y la magnitud del hecho que evoca; cualquier simplificación, cualquier respuesta que pretenda constituirse en una verdad cerrada, está condenada al fracaso. La memoria de la Shoá, nos compromete renovadamente en cada tiempo y en cada lugar, se actualiza permanentemente a través de una pregunta irrenunciable: ¿cómo fue posible? Ya no la mera catalogación de culpables y víctimas, sino el esfuerzo por entender que lo ocurrido requirió condiciones, convicciones y voluntades, que permitieron establecer la potestad para decidir que determinadas personas, determinados pueblos, no tenían derecho a vivir. Intentaremos sugerir que la muerte multiplicada, por abominable e intolerable que resulte, no agota la maldad contenida en la idea de que es posible determinar quienes son admitidos a perdurar en la tierra y quienes deben ser extirpados para siempre. La memoria, en consecuencia, no debería resignarse a la evocación piadosa, ni al grito desgarrado. Ni aún la justicia, necesaria e irremplazable, que al castigar intenta restablecer un orden transgredido, sirve de respuesta: la memoria se afana en preguntas inagotables sobre las condiciones, es decir, sobre las memorias pasadas, que permiten una historia determinada. Historias, es preciso subrayarlo, repetidas bajo rostros diversos, pero que son las mismas. También historias presentes. Indagar en las condiciones de posibilidad de lo que ocurrió, allá y aquí, tal vez nos abriría la posibilidad de reconocer los rasgos apenas perceptibles de las catástrofes que nos rodean. Podría, tal vez, ofrecernos senderos para un transitar presente que no sean el camino al derrumbe. Porque, y esta quisiera ser la conclusión, se trata de nuestro vivir; el de hoy. No sólo el resguardo del futuro.

Vivimos hoy el futuro de ayer y éste hoy puede resultar intolerable. Ahora es la catástrofe, ahora es la destrucción. Hoy es el tiempo del vivir inhumano aunque el horizonte no muestre chimeneas por donde se escapan los humos irreconocibles de los cuerpos incinerados. Porque hoy no reconocemos al otro, hoy somos ajenos al mundo. En el presente no conocemos la muerte de nuestros hijos, que desaparecieron ayer y cuyos fantasmales rostros preguntan qué vida vivimos, también ellos, para que los cuerpos no tuvieran descanso en la tumba.

Las preguntas sobre la Shoá en el presente argentino, arrancan de un sórdido privilegio. "Argentina" fue una de las últimas palabras que pronunció Adolf Eichmann cuando iba a ser ejecutado tras el juicio que lo condenó en Jerusalén. Un minuto antes de que el verdugo consumara el acto de ahorcarlo, Eichmann pronunció algunas palabras en las que Hannah Arendt reconoce una final muestra de su discurso banal. "¡Viva Alemania!, ¡Viva la Argentina!, ¡Viva Austria!", exclamó. Y agregó luego: "Nunca las olvidaré". La frase hecha, la expresión retórica e insustantiva, se había impuesto en el discurso de Eichmann sin percatarse de que su voluntad de recordar cesaría un momento después. Pero para la historia, el nombre de Argentina quedaría unido a los de los países de su nacimiento y el de sus escalofrantes hazañas terrenales. Era el 31 de mayo de 1962. En la Argentina ya se tejía la trama en la que se engazarían días de horror y espanto que catorce años después admitiría un juicio público en el que fueron condenados los principales responsables de los crímenes derivados de la dictadura impuesta el 24 de marzo de 1976. Ni la muerte de Eichmann, ni la condena a los militares argentinos fueron un epílogo. La memoria, aún en el inmediato presente, se obstina en reconocer los espacios materiales y espirituales que marcaron la posibilidad de que los crímenes ocurrieran.

No es vano señalar que el juicio a Eichmann en Jerusalén instaló en el mundo la memoria de la Shoá. En Nuremberg los judíos, que habían sufrido el mayor delito cometido durante la guerra, sólo fueron espectadores aun cuando la sistemática masacre que habían cometido los nazis estuviera plenamente presente. En el proceso de Jerusalén, según señala la propia sentencia dictada contra Eichmann, la catástrofe judía, por primera vez, "ocupó el lugar central de un procedimiento judicial". En adelante ya nadie prescindió de los acontecimientos que se mostraron al mundo. El libro de Hannah Arendt, Eichmann en Jerusalén, constituyó el documento crítico que daba cuenta de lo ocurrido y que abrió, a su vez, la brecha hacia las infinitas preguntas sobre la verdad y sobre el sentido de buscar la verdad. Los años que siguieron multiplicaron historias y estimularon memorias. Toda pretensión de establecer miradas únicas sobre el pasado, se derrumbó frente a situaciones que modificaron los presupuestos de la búsqueda y la apertura a memorias eclipsadas. Lejanos, estrictamente diferentes, los hechos vividos en la Argentina no dejaron de ser vistos

con los parámetros ofrecidos por la experiencia de la Shoá. Seguramente las equivalencias son engañosas y verificar las profundas diferencias existentes entre los acontecimientos europeos y la crueldad que se apoderó de la Argentina, no impide sino que, por lo contrario, ayuda a identificar los rasgos de criminalidad que registra la memoria. También en la Argentina un juicio, el Juicio a los Comandantes de las Juntas Militares, instaló en el mundo la realidad de una masacre planificada desde el Estado. También un libro, el Nunca Más, sirvió como espejo donde los argentinos deberíamos mirarnos en adelante. Nada justificaría que cesen las preguntas. Porque, como se atrevió a mostrar Hannah Arendt, Eichmann no era un monstruo como pretendía establecer el fiscal acusador, ni los responsables de los actos criminales en la Argentina eran demonios. La adjudicación de cualidades maléficas, derivados de un orden ahistórico, al explicar por razones extrahumanas actos que tienen como protagonistas a los hombres, clausura cualquier posibilidad de análisis, vuelve humanamente irresponsables a los criminales.

Entonces, ¿memoria de qué? ¿transmisión para qué? En 1966, Theodor Adorno, en Alemania, sostenía que nada era más importante que educar para que Auschwitz no se repita. Aunque insinuaba diversos caminos ocasionales, sus conclusiones eran contundentes: no se puede enseñar contra Auschwitz si no se cala hondo en las condiciones socio-culturales, en el mundo de ideas que lo hicieron posible. Pero esto es una generalidad. Ejemplificaba: "Debería tratarse críticamente un concepto tan respetable como el de 'razón de Estado': cuando se coloca el derecho del Estado por sobre el de sus súbditos, se pone ya potencialmente el terror". Dostoievski, que casi un siglo antes escribía sobre el mal que entraña el pensamiento terrorista, había sugerido el único camino hacia la libertad: "no tener vergüenza de las propias ideas".

"El Holocausto: su transmisión es un compromiso para la Argentina"

Daniel Rafecas

La Argentina tiene un triple compromiso en la preservación de la memoria de lo que fue la catástrofe del pueblo judío durante el régimen nazi (Shoa).

En primer lugar, debido al papel tristísimo que asumió la Argentina antes, durante y después de la segunda guerra mundial, a partir de la simpatía y adhesión que generaban en gran parte de las elites (políticas, económicas, militares, religiosas, judiciales, etc.) los regímenes nazi fascistas surgidos en el continente europeo, y que llevó a la Argentina a

mantener una "neutralidad" que favoreció las relaciones con el eje y la proliferación de espías en nuestro territorio, con base en la embajada alemana en Buenos Aires. Esta "neutralidad" hizo que nuestro país fuera el último del continente en romper relaciones con el eje en 1944 y en declarar la guerra al eje en marzo de 1945, cuando el frente ruso estaba a apenas 50 km. de Berlín y en momentos en que no había quedado en Buenos Aires un sólo embajador americano, en protesta porque Argentina no declaraba la guerra a Alemania. Por este gesto, la Argentina a duras penas pudo ingresar en el lote de países que conformaron las Naciones Unidas, y no quedó marginada como España por ejemplo del concierto internacional.

En segundo lugar, la Argentina tiene un compromiso con la transmisión de la Shoah, a partir de la firme negativa a aceptar refugiados judíos durante la guerra y también después de ella, sin importar que fueran sobrevivientes del Holocausto ni que tuvieran parientes en nuestro país. Las fronteras, merced a órdenes secretas del Estado Argentino, estaban cerradas. Todos los sobrevivientes que llegaron a la Argentina durante aquellos años, lo hicieron, primero, negando su condición judía; segundo, con visas de tránsito para países vecinos y quedándose o, tercero, como polizones, escondidos, etc. Si bien se trató de una política migratoria regional, la Argentina estaba particularmente en condiciones de receptorlos, por su tradición, su territorio y la gran comunidad judía radicada en nuestro país desde antes.

Esta cuestión se agrava al comparar como ingresaron a la Argentina para esa misma época, centenares de criminales de guerra y genocidas, quienes, salvo pocas excepciones, nunca fueron molestados y vivieron tranquilamente.

Ni hablar en este sentido de las decisiones político-judiciales de aquel entonces, que bloquearon todos los pedidos de extradición contra los genocidas nazis y de sus aliados (croatas, belgas, franceses, etc.), que escapaban de condenas seguras en sus países de origen, alegando que se trataba de delitos políticos no extraditables. Ésta fue la respuesta argentina, por ejemplo, frente al pedido formulado por Alemania Federal respecto de Josef Mengele, el médico jefe de Auschwitz-Birkenau. Detectado tiempo después otro de los símbolos de los genocidas nazis, Adolf Eichmann, el Estado de Israel decidió raptarlo y sacarlo del país ilegalmente para juzgarlo en Jerusalén, ser condenado a muerte y colgado en la horca en 1962, al tiempo que vivaba a Alemania, Austria y Argentina, a quienes nunca olvidaría...

Por último, tenemos otro compromiso: aquellas elites, formadas en las décadas del '30, '40, '50, explican el terrorismo de Estado sufrido por nuestro país a partir del 24 de marzo de 1976. Es en este basamento ideológico que se explican los más de 400 centros clandestinos

de detención, es sobre estos antecedentes que se explican la ESMA, el Olimpo o el Vesubio, y en definitiva, una de las dictaduras más sangrientas de todo el continente. Además, la comunidad judía estuvo ampliamente sobre representada entre los cautivos y los desaparecidos, y está demostrado judicialmente el especial ensañamiento antisemita que campeaba en los centros, además de la proliferación de discursos, leyendas, consignas y demás muestras de nazismo en todos los niveles de los represores argentinos. Con la restauración de la democracia en 1983 comenzamos el camino inverso, el del desagravio, el del regreso de la Argentina a la comunidad internacional. Es un camino difícil, lleno de obstáculos, con luces y sombras, pero que se va recorriendo con firmeza. En este camino es fundamental comprometernos con lo que fue la Shoah y con el papel cumplido por la Argentina al respecto. La memoria de estos sucesos es nuestra única alternativa para aprender de nuestros errores e intentar construir un país mejor.

Para ello resulta imprescindible darle más espacio a estos temas en la educación formal, en especial en la enseñanza secundaria. Creo personalmente, que ningún estudiante secundario, al menos en Buenos Aires, debería dejar de visitar el Museo del Holocausto, como se hace en Berlín o en Nueva York.

Así como a nuestros chicos los vacunamos contra las enfermedades, estas medidas -más educación, visitar el Museo de la Shoá- sería como vacunarlos contra el antisemitismo, contra la xenofobia, contra la discriminación y les daríamos herramientas mínimas para que en su futuro puedan procesar información relacionadas con el tema, y al mismo tiempo, que estén mejor equipados contra el prejuicio, que no es otra cosa que una mezcla de ignorancia y de miedo al distinto. Tendremos de este modo mejores ciudadanos, y por ende, un estado de derecho más consolidado.

“Acontecimiento y representación: ¿Cómo grabar las huellas del recuerdo?”

Nelly Richard

I. Las interrogaciones teóricas y los debates críticos del presente en torno a la memoria histórica convierten al Holocausto en el referente universal de un pasado traumático -el de la violencia del exterminio como solución final- que obliga el imaginario de la catástrofe a discutir las relaciones entre acontecimiento y representación. ¿Cómo “representar” lo que excede y desafía a la representación, tanto por la magnitud del horror que desplegó el mal como por la siniestra operatoria de invisibilización de las huellas que borró las pruebas de acusación?

Inspiradas por la literalidad extrema de la sentencia de Adorno según la cual, después de Auschwitz, cualquier intento de creación se haría virtualmente cómplice de la barbarie, distintas motivaciones éticas, filosóficas y estéticas (Wiesel, Lyotard, Lanzman, etc.) convergen hoy en la tesis de la "irrepresentabilidad" de la catástrofe. Esas tesis sostienen que, al querer consignar algo de lo acontecido, imágenes y palabras estarían traicionando la dimensión propiamente "inimaginable" del "demasiado" de la violencia del exterminio. Incluso en el testimonio, el intento de dar cuenta en primera persona de una experiencia de lo vivido que tocó el fondo del abismo se toparía siempre con la imposibilidad de transmitir -con el lenguaje- lo que desgarró la materia misma de las palabras y del sentido. Andreas Huyssen, en sus reflexiones sobre las memorias del Holocausto,¹ mantiene una franca distancia teórica y cultural respecto de la absolutización de esas tesis de lo "irrepresentable" que, según el autor, sólo conducen al silencio crítico y la inacción comunicativa. Huyssen argumenta que esas tesis de lo "irrepresentable" -que abstraen al pasado traumático de cualquier análisis de discurso y representación- no nos dejan intervenir críticamente en el debate público sobre los usos de la historia y de la memoria. Según Huyssen, las tesis de lo "irrepresentable" en torno al Holocausto nos impiden, primero, cumplir con el requisito (informativo-pedagógico) de la transmisión generacional de un acontecimiento-límite que, para ser denunciado, debe ser necesariamente comunicado -puesto en palabras e imágenes- como un hecho histórico socialmente condenable. Y segundo, las tesis de lo "irrepresentable", al someter al Holocausto a un interdicto de la representación, nos inhiben de reflexionar críticamente sobre la proliferación de narrativas (testimoniales y ficcionales) que, sea en nombre de los abusos de la historia sea en nombre de la memoria de sus víctimas, pueblan el imaginario mediático de las sociedades de la comunicación. Al abstraer al Holocausto como acontecimiento-límite de los cuestionamientos en torno a la representación (sus operaciones simbólicas, sus maniobras discursivas, sus construcciones de puntos de vista, etc.), las tesis de lo "irrepresentable" nos eximen de la responsabilidad crítica de tener que contrastar valorativamente la potencia de significación que separa a una narrativa de otra. Sólo para tomar dos ejemplos-tipos, sin una consideración acerca de cómo se urden los signos en la evocación del recuerdo ficcional o testimonial, no habría cómo establecer una diferencia crítica ni ética entre *La lista de Schindler* de Steven Spielberg y *Shoah* de Claude Lanzmann.

Coincido con Huyssen en el argumento de que lo "irrepresentable" -en su negatividad radical- suspende la tarea que, creo le corresponde a la crítica intelectual: la de resistir y oponerse a la promiscuidad del mercado de las imágenes que hace coexistir múltiples

1 Andreas Huyssen, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

historias y memorias del pasado contrapuestas entre sí como si, en nombre del pluralismo de las visiones, todas estas representaciones fuesen igualmente aceptables. Le corresponde a la crítica hacer notar, por el contrario, los antagonismos de posturas que separan los distintos tratamientos de la memoria que componen la relación entre acontecimiento, simbolización y desciframiento del pasado.

En la brillante reflexión que despliega Georges Didi-Huberman en su libro *Imágenes pese a todo. Memoria visual del holocausto*,² el autor también interviene en la polémica sobre lo "irrepresentable", defendiendo rigurosamente la opción de las "imágenes pese a todo": en ese caso, cuatro trozos de película arrebatados al infierno de Auschwitz por un deportado que, antes de desaparecer como testigo, se dio la misión de enviar algunas señales fotográficas que describieran el horror concentracionario. Más allá del caso preciso que analiza el libro como desesperado testimonio visual, Didi-Huberman establece un giro polémico con la tesis de lo "inimaginable", oponiendo a la abstracción filosófica del Todo o Nada del Holocausto lo que él llama "el pensamiento de la imagen como terreno político". La negatividad de lo "indecible", lo "impensable", lo "infigurable", lo "intraducible", etc., clausuraría, según el autor, cualquier acto de memoria al no dejar brechas ni intersticios para aquellas fracciones del recuerdo que pugnan por darse a ver y a leer pese a todo. Aunque no es posible recrear el sentido de la experiencia tal cual la padeció el testigo, hay partículas de la memoria que se ensayan, sin embargo, en elaborar un nexo posible entre la destrucción (lo sucedido) y la tarea de reconstrucción de lo que se salvó del completo aniquilamiento. Es cierto que ese recuerdo escindido sólo provoca una memoria incompleta, lagunar y fallida, siempre inadecuada, que nunca le va a hacer justicia a lo sucedido y padecido porque no hay equivalencia posible entre la destrucción y las palabras a salvo del "después de" que intentan nombrarla. La potencia de aquellas imágenes que Didi-Huberman defiende y rescata tiene que ver con que esas imágenes, surgidas de lo incompleto de la representación, al insistir en grabarse "pese a todo", convierten la falla y la inadecuación en su régimen de verdad. La negatividad sublime que cifra en Auschwitz la universalidad de un mal cuya dimensión supuestamente inimaginable nos obligaría a privarnos de iconografía y representación, es refutada por Didi-Huberman no desde la búsqueda de una plenitud referencial de la imagen que comunique lo real (lo experienciado) en una traducción sin accidentes. Al revés, Didi-Huberman privilegia aquellas figuras de la memoria que saben que el lenguaje está siempre en falta con la verdad desnuda del acontecimiento. Son esas figuras torcidas las que indican que el lenguaje está siempre de más o de menos (un resto o un

2 Georges Didi-Huberman, *Imágenes pese a todo. Memoria visual del holocausto*, Barcelona, Paidós, 2004.

excedente) y que, por lo tanto, tienen la mayor capacidad de dramatizar la conciencia abismada- de la representación.

II. Las reflexiones sobre la memoria traumática de las experiencias postdictatoriales del Cono Sur con su figura de la desaparición, se han hecho cargo del nudo que instalan los debates sobre la Shoah en torno a lo irrepresentable y las fallas de la representación. Alrededor de lo ausente y de lo suprimido, del cuerpo que hace falta y de la verdad y la justicia que faltan, las escrituras de la memoria deben rastrear las difusas señales de relatos entrecortados, de visiones trizadas, de comprensiones dañadas y de vocabularios incompletos.

Esa es la negatividad refractaria de lo desintegrado, el residuo avergonzante, que ha querido barrer el triunfal avance de la modernización económica en el Chile neoliberal para que ningún resto echara a perder su cuenta y recuento de los éxitos bien administrados. Los brillos político-administrativos y técnico-comerciales de la modernización chilena no se compadecieron de lo fracturado y convulso de las biografías rotas ni de las subjetividades en desarme que el frenesí mercantil desalojó cruelmente de sus vitrinas del consumo. El contexto de la Transición en Chile defendió un ideal de "sociedad transparente" cuyo lenguaje de la massmediatización ha querido expulsar de su superficie consumista los remanentes traumáticos del pasado violento, las marcas de las identidades lastimadas y sus memorias en discordia. Muchas narrativas históricas del pasado quedaron entonces sin inscribirse, o bien se enlutaron en la soledad melancólica, porque faltaron las texturas discursivas, los soportes de adherencia simbólica y las redes comunicativas que le otorgan su volumen crítico al recuerdo público.

Quizás les corresponda al arte y al pensamiento crítico rescatar estas hablas truncas de la memoria, darles un espesor valorativo a los signos de malestar e irreconciliación con los que prácticas y subjetividades confiesan sus desajustes con el idioma tecnificado de una sociedad enteramente hecha de datos competentes, de saberes operacionales, de planificaciones ejecutivas, de léxicos seriados y de estereotipos comunicacionales. El pensamiento crítico en postdictadura se ha enfrentado a las siguientes preguntas: ¿Cómo recordar el pasado en un soporte de inscripción suficientemente próximo y sensible a los quiebres y destrozos de la memoria de las víctimas, para no traicionar la experiencia del trauma? Pero, a la vez, ¿cómo entretrejer ese pasado de duelos con nuevas fuerzas de sentido para que el ejercicio de hacer memoria sea generador de futuros? La memoria va realizando un trazado constructivo de selección y montaje; de armadura del recuerdo en planos y secuencias móviles de intelección. Ese trabajo desplaza las huellas de la

experiencia hacia nuevas superficies de inscripción que reformulan su valor y sentido según los emplazamientos del presente. La memoria debe mantenerse abierta a las urgencias y desafíos de un aquí-ahora que redistribuye los significantes del pasado según nuevos trayectos de actualización y desciframiento. Sólo ese trabajo activo de reconfiguración del sentido es capaz de introducir una distancia entre el punto fijo (muerto) de lo ya sido y una memoria-sujeto (en proceso y movimiento) que reinscribe lo acontecido en nuevas dinámicas de representación. Para que se cumpla esta performatividad de la memoria que lleva el recuerdo del pasado a responder a nuevas sollicitaciones discursivas del presente, hace falta una relacionalidad de contextos móviles y heterogéneos que cambie el recuerdo de lugar y forma, de modo y tiempo. Sin los flujos cambiantes del presente, la memoria seguiría siendo repetición de lo mismo en lugar de ser desplazamiento y alteración, reconfiguración de la experiencia.

El desafío es, entonces, doble: en primer lugar, practicar la solidaridad ética con la parte sumergida de la experiencia mediante lenguajes suficientemente fieles -en sus texturas y urdimbres- a la dramaticidad del pasado. Y, segundo, trenzar las marcas del recuerdo con narrativas en curso para que nuevas constelaciones fluctuantes logren reconjugar la memoria no sólo temporalmente sino también espacialmente, trasladándola de soportes de intervención para multiplicar sus llamados a recordar. El pensamiento de la ruina que, inspirado en la reflexión en torno al Holocausto, habita los debates críticos del Cono Sur (con sus figuras del trauma, del duelo y de la melancolía) nos pide no traicionar la negatividad del sentido que signa el daño de la pérdida con las falsas restituciones o sustituciones que promete el recuerdo-en-orden oficializado por el presente transicional. Pero, al mismo tiempo, esta carga de negatividad no debe inhibir la necesidad vital de reanimar el deseo crítico para salvar al recuerdo de su caída melancólica en la contemplación nostálgica de los restos. Sólo la fuerza deseante de la crítica lleva la problemática de la memoria a intervenir el presente, haciendo que lo afectado sea a su vez capaz de afectar. Reformar el pensamiento pasaría, primero, por el reconocimiento de las desoladoras y trastornadoras marcas de la ausencia (pérdida, abandono, desaparición, vaciamiento) y, segundo, por la tarea de trasladar estas marcas del pasado enlutado hacia un presente y un futuro que dejen atrás lo muerto para salir así de la repetición enfermiza a la que nos condenaría el duelo no consumado. Consumar el trabajo del duelo histórico significa poder narrar el dolor de la pérdida del pasado, recurriendo a formas y secuencias que permitan urdir un relato de la ausencia y significa, también, poder narrar la historia como pasado, desplazándose de lugar y modos en el eje del tiempo -introspectivo y retrospectivo- que habla la pérdida, para no quedar inmovilizado en el punto muerto del recuerdo. Las operaciones más divulgadas de la memoria en postdictadura son aquellas que tienen que ver con el recuerdo como monumento

(la celebración ritualista de una memoria heroicamente congelada en el símbolo histórico: la reificación del pasado en un bloque conmemorativo sin fisura que lo abra a sus contradicciones), como documento (la suma notificante de los Informes y su objetivación de la prueba que certifican lo sucedido en el lenguaje monoreferencial- del dato) o como testimonio (las huellas intransferibles de la vivencia en primera persona en las historias oficiales consideran índices demasiado residuales). El arte, la literatura y el pensamiento críticos infringen los manejos establecidos de la memoria, gracias a los estallidos plurisignificantes de un trabajo sobre las formas (imágenes, relatos y narraciones) que explora las brechas y fisuras del recuerdo en toda su accidentación material y lingüística.³ A diferencia de lo que ocurre con aquellas racionalidades científicas cuyos marcos de investigación y cuyos léxicos profesionales hablan de los abusos del pasado en una lengua aparentemente indemne (sin lapsus), las reconfiguraciones crítico-estéticas de aquella materia simbólica que vaga fuera de los ordenamientos históricos son capaces de expresar un pensar y un hablar afectados por los cortes y las heridas de la precariedad, en el doble sentido de la palabra "afectados": habitados por el afecto y sacudidos por sus efectos. El arte y la literatura, el ensayismo crítico, saben "acusar el golpe" (en todos los sentidos de la palabra) pero sin dejar que el control del saber o la jerarquía del concepto atenúen los descabros de la representación. Pero intentan, además, reformular conceptualmente los significados del dolor para articular una distancia reflexiva que las aleje del simple realismo testimonial de lo vivenciado afectivamente. Son estos descabros de la representación los que mantienen la relación entre presente y pasado abierta a la fuerza del recuerdo como desencaje y expectación.

3 Según Franco Rella: "Habrà que moverse sobre los márgenes de la filosofía, implicando otros modos de entrar en una relación cognoscitiva con lo real: la de las artes, la poesía y la narrativa, que hilvanan concepto e imagen, para pensar la diferencia (de muchas infinitas experiencias individuales) en contra de toda fuerza igualadora del pensamiento"; Franco Rella, *El silencio y las palabras*, Barcelona, Paidós, 1992. Páginas 215-223.

CONFERENCIA: "El Holocausto en su contexto histórico, desde la perspectiva del comienzo del Siglo XXI"

Haim Avni

El Holocausto no se efectuó en un supuesto "otra planeta", sino en nuestro mundo y en un momento importantísimo de la historia de la humanidad: la cuarta década del siglo XX y la primera mitad de la quinta década del mismo siglo. La ponencia abarcará, por consiguiente, tres temas principales:

1. Una sinopsis de los mayores acontecimientos a partir de la subida de Adolf Hitler al poder en Alemania, en enero de 1933, pasando por los ataques del régimen nazi a sus vecinos antes de la II Guerra Mundial y por los eslabones principales de la misma guerra hasta su fin en Europa el 8 de mayo de 1945.
2. Una revisión breve de las etapas principales del ataque nazi y de sus colaboradores en otras naciones a los judíos, a partir de la campaña antisemita gubernamental en Alemania, a través de la primera parte de la II Guerra mundial y hasta la matanza sistemática y total de todos aquellos seres humanos que los nazis consideraban y definían como judíos.
3. Un análisis de la ideología y del sistema político y social que generaban la disponibilidad de la gente, en una nación moderna y culta, a cometer los crímenes contra la humanidad, y la forma en la cual ellos consiguieron enlistar para la ejecución de estos crímenes a todos aquellos que colaboraban con ellos. A continuación de este análisis, se tratará la pregunta siguiente: ¿existen, en la realidad humana mundial de hoy, algunos factores, iguales o parecidos, a los que facilitaron la ejecución del Holocausto?

CONFERENCIA: "La transmisión de la Shoá: Entre una perspectiva universal y un enfoque particular. Una visión comparativa mundial."

Iosi Goldstein

En la última década hemos sido testigos de la universalización de la Shoá, que pasó a ser un evento central para la cultura occidental y para las democracias pluralistas. La explosión de la búsqueda de la memoria colectiva a partir de los años 1980 (ejemplificada por la obra monumental de Pierre Nora en Francia), y la irrupción de la palabra Shoá en la arena pública

con el film de Claude Lanzmann Shoá (1985), marcan el inicio de este proceso. Uno de sus puntos culminantes fue sin duda la inauguración del museo federal del Holocausto en Washington DC en el año 1993, y la institucionalización del Foro de Estocolmo en enero de 2000 para promover la enseñanza y difusión de la Shoá desde diversas ópticas y con énfasis en su significado universal. Este Foro continúa trabajando hasta nuestros días a través de su International Task Force, está compuesto por 25 países y la Argentina es el único país de América Latina.

La conmemoración del 60º aniversario de la liberación de Auschwitz-Birkenau el 27 de enero de 2005, constituyó un escalón más en este proceso, que convocó a líderes de primera línea de más de 60 países. No es casual pues que la Unión Europea haya promovido la adopción del 27 de enero como día de recordación del Holocausto. Este fenómeno se repitió en parte con la inauguración del nuevo museo de Yad Vahem de Jerusalén el 15 de marzo del mismo año.

La transmisión de la Shoá atraviesa en estos años una transformación fundamental que analizaremos en la presente conferencia y que podemos resumir de la siguiente manera: del predominio de un enfoque particular -es decir específicamente judío o israelí- a una multiplicidad de enfoques marcados por una visión universal, tendiente a enfatizar las proyecciones de este fenómeno a nivel de discriminación, derechos humanos, nuevos genocidios, etc. La referencia a la Shoá es ineludible al tratar temas actuales como el genocidio en Darfour, el dilema de la recordación del genocidio armenio y su rol en la República de Turquía en nuestros días, la situación en Irak y las secuelas del derrocamiento de Saddam Hussein y su posterior captura, juicio y ejecución, etc. Incluso en el contexto del conflicto árabe-israelí la alusión al Nazismo y la Shoá es permanente, para todas las partes involucradas en el conflicto. En el contexto argentino las referencias son constantes debido a la revisión del rol del país en la Segunda Guerra Mundial, el asilo otorgado a criminales de guerra nazis, alemanes y de otras nacionalidades como miles de militantes ustasha croatas. El reciente descubrimiento del pasaporte de Adolf Eichmann es sólo una breve alusión a este argumento, que despertó nuevos ecos de la presencia de este alto jerarca nazi y director de la oficina de asuntos judíos ejecutora del plan de "Solución Final" para los judíos, en la Argentina entre 1950 y 1960.

Transmisión implica diversos canales de socialización, desde los programas curriculares en escuelas e instituciones educativas, pasando por los medios de comunicación -como ser la trascendencia de la temática ligada al Nazismo y a la Shoá en la prensa y los medios televisivos- y canales culturales como el cine (ver, por ejemplo, el ya clásico film de Steven Spielberg, *La lista de Schindler*). A ello debemos sumar la importancia de la autopista